

iglesia de andalucía: una alternativa que hace pensar

Algo nuevo está surgiendo

Los medios de comunicación social, concretamente la prensa, no han concedido el interés que se merecía a un acontecimiento de singular importancia que ha sucedido este verano en Granada: el primer encuentro de grupos y comunidades cristianas de Andalucía (23-25 de julio de 1977). Desde luego, es noticia el hecho de que más de ochocientas personas de toda una región se reúnan durante tres días, para reflexionar sobre su situación en la sociedad y en la Iglesia. Y también para tomar decisiones importantes en ese sentido. Pero, sin duda alguna, más importante que el hecho en sí es lo que significa ese hecho.

En efecto, la impresión global que, de una u otra forma, hemos tenido todos los que hemos participado en el Encuentro es que algo nuevo —y por cierto muy serio— está surgiendo en Andalucía. No quiero decir con esto que el fenómeno sea característico y exclusivo de nuestra región. Porque de sobra sabemos que los grupos comunitarios están proliferando por todas partes, en España, y en amplias zonas de la universal geografía de la Iglesia. Pero, en todo caso, es innegable que el Encuentro celebrado este verano en Granada, ha venido a poner de manifiesto, entre otras cosas, que la vitalidad de la fe que expresan estos grupos es mucho más fuerte de lo que algunos se imaginan. Y, sobre todo, que se trata de una fe creativa y transformadora, capaz por eso de influir decisivamente en el futuro de nuestra sociedad y de nuestra Iglesia. He aquí, en mi opinión, lo nuevo y esperanzador que está surgiendo entre nosotros.

Por una sociedad sin clases

En el comunicado final del Encuentro se dice: «Ante la existencia, de hecho, de clases sociales enfrentadas, tomamos conciencia de que es imposible la neutralidad y que es indispensable hacer una opción básica y clara por los pobres y oprimidos; es decir, por las clases trabajadoras, por el pue-

blo. Y esto, desde la fidelidad al evangelio de Jesús y a través de un análisis objetivo de la realidad».

La afirmación programática fundamental que se hace en este texto es bien clara: en la presente situación andaluza, es imposible la neutralidad socio-política. Por la sencilla razón de que optar por la neutralidad es optar, de hecho y sean cuales sean las intenciones de cada uno, por la clase dominante. La «pretendida neutralidad» del que se calla o se desentiende ante la situación establecida, es claramente una toma de postura que, inevitablemente y de manera bastante eficaz, favorece a los que detentan el poder social y político.

Esta afirmación resulta estimulante en los tiempos que corren. Porque después de cuarenta años de régimen autoritario, a muchos españoles se les ha metido en la cabeza que lo mejor es «no meterse en política», ya que eso es un asunto en el que uno termina por ensuciarse las manos y en el que además la fe religiosa corre el peligro de perder su pureza y su identidad. Evidentemente, a partir de tal planteamiento, los que salen ganando son los que mandan. Y los que salen perdiendo son los de abajo. Ahora bien, el Encuentro de Granada ha puesto de manifiesto que los cristianos allí reunidos no estamos dispuestos a seguir tolerando el tipo de sociedad que los intereses del poder y del capital nos han impuesto. No estamos dispuestos, por consiguiente, a que Andalucía siga siendo lo que ha sido hasta ahora: una región rica, en la que grandes sectores del pueblo carecen de trabajo, de cultura y de libertad real y efectiva, teniendo que emigrar a otras regiones o a otros países, que se benefician de nuestra mano de obra y de nuestro dinero.

Pero romper con la «pretendida e imposible neutralidad» no es lo mismo que optar por la militancia en un determinado partido político. Y menos aún es optar acriticamente por la lucha de intereses en la que necesariamente se mueven los partidos políticos. Precisamente, en este sentido, el comunicado final del Encuentro ha sido sumamente matizado y lúcido: la opción básica que se ha tomado no ha sido por los partidos políticos, sino «por los pobres y oprimidos, es decir, por las clases trabajadoras, por el pueblo».

Esto quiere decir, ante todo, que somos conscientes de que no siempre las **necesidades** del pueblo coinciden con los **intereses** de los partidos políticos. Es más, la experiencia nos viene enseñando que, con relativa frecuencia, los intereses de los partidos se superponen y se anteponen a las verdaderas necesidades del pueblo. En este sentido, la pasada campaña electoral y lo que viene ocurriendo en España en los últimos meses está siendo una lección que a todos nos hacía mucha falta.

Pero hay más. Porque optar por los pobres y oprimidos antes que por los partidos políticos, significa tomar decididamente una actitud crítica frente a la política que, de hecho, realizan los partidos. Este punto me parece extremadamente importante. Por una razón que el lector comprenderá enseguida. Todos sabemos que, a partir de los planteamientos revolucionarios de K. Marx, se viene haciendo con bastante insistencia la **crítica política** de la religión. No cabe duda que semejante crítica ha sido certera en numerosos puntos. Porque ha servido —y está sirviendo— para desenmascarar las alianzas políticas y económicas que, con frecuencia, tienen las instituciones religiosas con los poderes alienantes que actúan en este mundo. Por más que nos resulte molesto lo que muchas veces nos dicen los marxistas a los profesionales de la religión, no se puede negar que esos marxistas tienen, en muchas cosas, más

razón que un santo. Y por eso nos viene muy bien que nos digan esas cosas. Pero, al mismo tiempo, pensamos que ha llegado el momento de hacer, con toda honestidad y sin complejos de ninguna clase, la **crítica religiosa** de la política. Es decir, se trata de que, a partir de los planteamientos que implican las creencias religiosas, se trate también de desenmascarar todo el poder alienante y opresor que llevan consigo, muchas veces, las instituciones políticas. Y más en concreto, cuando se trata de los cristianos, pensamos que es decisivo, no sólo el dejarnos interpelar por los políticos, sino al mismo tiempo tener el coraje de interpelar nosotros a quienes detentan el poder, a partir de la utopía que entraña el mensaje de Jesús. En este sentido —cito textualmente el comunicado final— «pensamos que cada comunidad, inserta en el pueblo y como parte de él, debe potenciar un progresivo compromiso por el logro de una sociedad sin clases». Es verdad que los marxistas no se cansan de repetir eso mismo. Pero no es menos verdad que allí donde los marxistas han llegado al poder efectivo —por lo menos hasta ahora— no se ha logrado ese proyecto. He ahí el punto exacto de incidencia —y también la actualidad— de la crítica religiosa de la política. Tanto de la política que practican los marxistas, como de la que llevan a efecto sus antagonistas partidarios del capitalismo más o menos disimulado.

Por lo demás, al decir estas cosas no pretendo afirmar que la militancia o la simple afinidad hacia un partido político sea una cosa ante la que el cristiano tenga que levantar enseguida sus defensas. Si yo afirmara eso, traicionaría claramente lo que expresamente se dijo en el Encuentro de Granada. No sólo porque allí hubo mucha gente que, de hecho, milita en partidos políticos o en organizaciones sindicales. Sino porque además, según dice el comunicado final, «pensamos que el compromiso como pueblo nos exige realizar un proyecto de vida personal y comunitario que abarque todas las dimensiones de la existencia». No se trata, por consiguiente, de que los cristianos se dediquen solamente a criticar a los partidos políticos, lo cual sería cómodo hasta cierto punto y no llevaría muy lejos. Se trata de que, además de eso, los cristianos participen activamente, como el primero, en los compromisos concretos que implica el empeño eficaz por una sociedad más justa. Por lo demás, «dentro de esta común opción, constatamos la existencia de un pluralismo, tanto ideológico como de acción y lucha, reflejo del pluralismo que se da en el pueblo». El respeto y la aceptación que se dió entre todos, en este sentido, resultó verdaderamente ejemplar. Lo que es, a mi manera de ver, un signo de madurez muy digno de tenerse en cuenta.

Una alternativa a la Iglesia

Está claro que hoy nadie se identifica **totalmente** con la Iglesia institucional. Porque incluso los cristianos más chapados a la antigua, resulta que con frecuencia son más papistas que el papa y critican al mismísimo Pablo VI por su actitud tolerante con los movimientos progresistas que pululan por todas partes dentro del catolicismo romano.

Así las cosas, a nadie le debe sorprender que los grupos y comunidades representados en el Encuentro de Granada mostraran una actitud, de reserva en unos casos, y de crítica, en otros, cuando se trató el problema de las relaciones con la Iglesia institucional.

Pero aquí conviene destacar dos cosas. Ante todo, que a nadie se le pasó por la cabeza la idea de romper con la Iglesia institución. La afirmación unánime en este sentido fue terminante: «queremos ser una alternativa de Iglesia andaluza dentro de la comunión de la Iglesia». Precisamente el término **alternativa** se entiende como contrapuesto a **ruptura**. No tienen razón, por lo tanto, los que se empeñan en demostrar que estos grupos y comunidades no quieren saber nada de la Iglesia oficial. Y menos aún los que van diciendo por ahí que estos grupos y comunidades se sitúan al margen de la comunión con la Iglesia. Y al decir «Iglesia», me refiero a la Jerarquía. En este sentido, me parece que más bien se podría decir lo contrario. Porque hay argumentos, más que sobrados, para pensar que es gran parte de la Jerarquía la que, por lo visto, no quiere tener relación con estos grupos comunitarios. Y conste que, al decir esto, no me estoy inventando nada. Precisamente para el Encuentro de Granada se invitó a muchos obispos de Andalucía. Sólo uno, el de Málaga, asistió. Y por cierto se llevó una de las ovaciones más fuertes de todo el Encuentro, cuando uno de los asistentes dijo, en la sesión de clausura, que a todos nos alegraba el que al menos un obispo hubiera asistido a nuestra reunión. Por lo demás, este fenómeno no se da sólo en Andalucía. Debe ser, sin duda, una especie de consigna que funciona en amplios sectores del episcopado español. Porque en junio pasado se celebró en El Escorial el segundo Encuentro nacional de los movimientos de apostolado seglar, organizado por la Comisión Episcopal encargada de eso, y el hecho es que allí no estuvieron representadas ni las comunidades de base más moderadas en sus planteamientos, por la sencilla razón de que no se les había invitado. Lo que hace pensar que, en la práctica, buena parte de la Jerarquía española se desentiende del gran movimiento de comunidades cristianas que, con indudable vitalidad, han surgido en los últimos años por todo el país.

Pero, claro está, lo que ocurre es que los obispos, desde su punto de vista, tienen sus razones para mostrarse recelosos o incluso distantes con respecto a no pocos de estos grupos comunitarios. Porque tales grupos no suelen tener reparos especiales cuando se trata de criticar algunas —quizás bastantes— cosas que están ocurriendo en la Iglesia. En este sentido, el comunicado final del Encuentro fue explícito: «Esta alternativa engendra inevitablemente situaciones de tensión ante una Iglesia cuyo protagonista sigue siendo el clero y no el pueblo, ante una Iglesia que se sigue apoyando en estructuras de dinero y poder, ante una Iglesia que bautiza a explotadores y explotados, ante una Iglesia aferrada a la rutina y a las tradiciones».

A la vista de esta declaración, surgen dos preguntas: 1) ¿es objetivo todo eso? 2) y si es objetivo, ¿qué se puede decir sobre esas cosas desde el punto de vista de la teología?

En cuanto a la primera pregunta, se debe distinguir entre lo que en la Iglesia **se dice**, por una parte, y lo que en realidad **se hace**, por otra. Todos, desde luego, estamos de acuerdo en que obispos y teólogos vienen diciendo, al menos desde hace algunos años, que la Iglesia es esencialmente el pueblo creyente («pueblo de Dios»), que ella es la «Iglesia de los pobres», que lucha contra las injusticias y contra los explotadores, y que es una Iglesia que quiere sinceramente renovarse para estar a la altura de los tiempos. Pero todo eso es lo que **se dice**. En términos muy generales, por supuesto. Pero, en fin, por lo menos se dice. Lo que **se hace** es harina de otro costal. Porque la pura verdad

es que el pueblo sigue sin tener parte en las decisiones que se toman en la Iglesia, porque ni entiende de eso ni, en la mayor parte de los casos, le interesa para nada lo que por lo general se cuece en las curias eclesiásticas y en los organismos clericales. De donde resulta que el centro de la Iglesia sigue estando en el clero, no en el pueblo creyente. Es decir, la Iglesia sigue funcionando como una gran institución formada por funcionarios especializados, que trabajan a tiempo pleno para la empresa. Si, por otra parte, se tiene en cuenta que estos funcionarios son muchos miles, que dirigen y llevan adelante centenares de instituciones religiosas, culturales y hasta económicas de todo tipo, se comprende perfectamente que la Iglesia institucional no tiene más remedio que vivir en perpetua alianza con el poder político y con el poder económico. Por más que las declaraciones programáticas hablen pomposamente de libertades evangélicas frente a todos los poderes de este mundo, la cruda y escueta realidad es que, a la hora de la verdad, la Iglesia sigue y seguirá bautizando a explotadores y explotados, como seguirá hablando de libertad y justicia en términos tan universales y generosos que nadie se sentirá inquieto ante semejantes declaraciones. Porque en realidad son declaraciones que no dicen nada a nadie. O sea, para decirlo en pocas palabras: el clericalismo de la Iglesia engendra inevitablemente su real vinculación al poder y al capital, con la consiguiente falta de libertad a la hora de ponerse verdaderamente de parte del pueblo anónimo y sufriente, que ahora, como siempre, es el que sale perdiendo.

Y dicho esto, parece que ya está dada la respuesta a la segunda pregunta. Porque si la teología es consciente y responsable ante el mensaje de Jesús, no tiene más remedio que mostrar su desacuerdo con una institución que se ha organizado de tal manera que, para seguir subsistiendo, no tiene otra salida que las alianzas y las vinculaciones, más o menos disimuladas, con los que mandan en este mundo.

Pero hay un punto concreto que necesita alguna explicación. Decir que el protagonismo de la Iglesia debe estar en el pueblo y no en el clero es, por supuesto, poner en cuestión muy seriamente la actual organización eclesiástica. Pero debe quedar muy claro que eso no significa rechazar la estructura jerárquica de la Iglesia. Porque una cosa es el **clero** y otra cosa es el **ministerio** o los ministerios que siempre han existido y existirán en la Iglesia. El clero, en cuanto estamento de funcionarios que monopolizan en la práctica el saber y las decisiones en la Iglesia, es algo que no tiene razón de ser ni fundamento en el mensaje de Jesús. Ni en las comunidades cristianas primitivas existieron tales funcionarios. En aquellas comunidades había ministerios, es decir, servicios para el bien de todos: apóstoles, profetas, evangelizadores, pastores y maestros; también obispos y presbíteros, según la terminología que utilizan algunos escritos del Nuevo Testamento. Pero, en todo caso, jamás el centro de la vida de la Iglesia estaba en aquellos hombres. El centro estaba siempre en la comunidad, que era un grupo de personas activo y responsable a todos los niveles. Desde este punto de vista, no cabe duda que la aspiración de las actuales comunidades cristianas hacia un cambio profundo en la actual organización eclesiástica es una aspiración enteramente legítima. En este sentido, me parece correcto el que se hable de ofrecer una alternativa al modelo de Iglesia que actualmente existe. ¿Sería eso una Iglesia sin obispos y presbíteros? De ninguna manera. Sería una Iglesia sin funcionarios clericales, en la

que los obispos, los presbíteros y los demás ministerios que vaya suscitando el Espíritu serían verdaderos servicios para el bien del pueblo, identificados con él, con sus luchas, aspiraciones y sufrimientos, hombres a los que la gente sentiría como de su misma clase y condición y, por supuesto, en ningún caso como unos señores distantes y situados en la misma esfera de «las autoridades» nacionales, provinciales o locales. Ni más ni menos, todo eso es lo que se quiere decir cuando se habla de ofrecer una alternativa a la Iglesia.

Los demonios de la «politización» y la «escisión»

El evangelio dice que Jesús expulsaba a los demonios, que son los enemigos del hombre. Yo creo que ahora andan sueltos por ahí dos espíritus demoníacos, para los que haría falta un buen exorcismo y a corto plazo. Al decir esto me refiero a dos cosas que me vienen preocupando sobre todo desde los días del Encuentro de Granada.

La primera es el peligro de «politización de la fe». Ya he dicho que la neutralidad es imposible. Ya he dicho, por consiguiente, que es necesario tomar partido en favor del pueblo. Ya he dicho, además, que eso llevará consigo no sólo el criticar a los partidos políticos, sino además el comprometerse con ellos hasta donde sea necesario. Todo eso está muy bien. Pero a mí me da la impresión que en muchos casos existe el peligro real y nada imaginario de una auténtica «reducción» de la fe cristianada a determinados planteamientos políticos. Lo cual es perfectamente comprensible. Porque desde que en el mundo hay política y religión, las dos han andado siempre tan estrechamente vinculadas la una a la otra que con frecuencia resulta prácticamente imposible establecer una línea clara de división entre ambas. Y eso pasó no sólo en las teocracias antiguas y en los modelos medioevales del Sacro Imperio. También después de la Ilustración, y digan lo que digan los defensores de la pretendida autonomía de lo político, las vinculaciones ocultas y reales entre la política y la religión siguen funcionando a gran escala: en nuestro siglo estamos asistiendo a guerras de religión (Ulster, Líbano), a restauraciones insospechadas de los viejos modelos de nacional-catolicismo (Polonia, Irlanda, España), a las místicas religiosas de la revolución, con sus mesianismos, sus utopías y sus promesas escatológicas. Todo eso revestido del más estricto ropaje secular y político, y para no ir más lejos, estamos asistiendo también a la apremiante necesidad que los llamados sistemas democráticos tienen de la religión, como ésta de aquellos. Y si no, que se lo digan a la Iglesia de España, que ha empezado a disfrutar de paz, bienestar, dinero y promesas desde que la democracia dijo aquí estoy yo. Porque está claro que la Iglesia tiene que ser democrática y que la democracia tiene que estar bien con la religión.

En fin, todo esto son cosas demasiado sabidas. Lo que yo no sé si se tiene en cuenta debidamente es que en todo eso juegan mecanismos más hondos de lo que algunos se imaginan. Porque, en el fondo, tanto en religión como en política, lo verdaderamente decisivo son las **estructuras simbólicas** que mueven a la gente a comprometerse tanto con lo religioso como con lo político. Ahora bien, resulta que tanto las estructuras simbólicas que actúan en lo religioso como las que mueven el aparato de lo político son estructuras de **poder**, como han demostrado hasta la saciedad tanto los entendidos en política como los especialistas en fenomenología de la religión. Y ahí está el

peligro. Porque unas veces los símbolos del poder se «sacralizan». Y entonces tenemos al «hombre religioso» a machamartillo. Y otras veces esos símbolos se «secularizan». Y entonces nos sale un «político» de lo más refinado. En el fondo, se trata del mismo perro con distintos collares. Eso explica el que la religión y la política hayan estado —y sigan estando— tan estrechamente vinculadas la una a la otra. Como explica igualmente el que tantos militantes cristianos, en los últimos años, se hayan pasado, casi sin darse cuenta, de la militancia religiosa a la política como lo más natural del mundo. Cambió el revestimiento de los símbolos. Pero, en el fondo, tanto en un caso como en otro, se trataba igualmente de la simbólica del poder, que determinaba decisivamente las ideas y el comportamiento.

En el Encuentro de Granada hubo cosas que me molestaron. Por ejemplo, que la bandera andaluza se pusiera sobre el altar de la Eucaristía; o el que al terminar la celebración un grupo de gente entonara «la Internacional». A lo mejor alguien dice que eso son cosas sin importancia. No voy ahora a discutir anécdotas. Lo que a mí me preocupa es que haya cristianos que no se hayan tragado, de una vez por todas, que lo específicamente cristiano no es la **simbólica del poder**, sino exactamente al revés, la **simbólica de la debilidad**. Porque eso, ni más ni menos, es la cruz de Jesucristo. Precisamente por eso Jesús fue incomprendido, perseguido y ajusticiado. Y precisamente por eso su persona y su mensaje representa la subversión total de toda forma de organización social que, de la manera que sea, se asiente sobre el poder y el dominio de unos hombres sobre otros. Lo que menos importa es que se trate de poder «religioso» o de poder «político». Lo importante es que se trata de **poder**.

¿Tienen los cristianos las cosas claras, muy claras, en este sentido? Yo tengo la impresión de que todo eso anda todavía demasiado confuso. Y por eso digo que ése es el primer demonio que urge expulsar.

El otro demonio se llama «escisión». Me refiero a que, tal como van las cosas, es ya demasiado grande el abismo que media entre la Iglesia oficial, por una parte, y los grupos comunitarios de base popular, por otra. Y mucho me temo que la burocracia jerárquica no esté dispuesta a ceder gran cosa de las posturas que ha tomado. Como me temo igualmente que el dinamismo de la vida siga empujando a la base por el camino emprendido.

No vamos ahora a discutir quién tiene la culpa de que todo esto esté ocurriendo en la Iglesia. Lo que a mí me interesa destacar es que, en el fondo, lo que separa y crea el abismo entre Iglesia oficial, por una parte, y grupos comunitarios populares, por otra, no es propiamente lo doctrinal, sino la forma fundamental de vivir el evangelio. Porque está visto que la Iglesia oficial está empeñada en seguir siendo una gran institución de servicios religiosos en la que tenga cabida el mayor número de gente, a ser posible toda la gente. Mientras que las comunidades cristianas de base se autocomprenden, por lo general, como grupos de personas que asumen una responsabilidad concreta de cara a la sociedad injusta en que vivimos y de cara a la misma institución eclesial con sus contradicciones. De ahí que la Iglesia oficial tiende a ser tolerante, de hecho, y hasta «legitimadora» del orden establecido. Y de ahí también que las comunidades resultan ser, en bastantes casos, grupos «sospechosos» por su intransigencia y sus posturas contrarias.

Yo comprendo perfectamente que el problema que aquí se plantea es bastante complicado, que las cosas no se pueden simplificar ingenuamente, que

por ambas partes se cometen faltas y se adoptan posturas éticamente discutibles. Pero, de todas maneras, me parece que hay una cosa suficientemente clara: que leyendo y releendo el evangelio, lo que allí aparece es que Jesús no pretendió en ningún momento fundar una institución de servicios religiosos para atender las demandas del público en ese sentido. Lo que Jesús pretendió fue otra cosa: él organizó una comunidad de discípulos, en la que los pobres, los miserables y los sencillos tenían que ser los primeros, en la que todos tenían que estar al servicio de los demás, y en la que nadie podía pretender dominar a los otros. Una comunidad, por consiguiente, que ofrecía a los hombres un modelo distinto y desconcertante de convivencia y de solidaridad. Porque solamente así es cómo los hombres se comportan como hijos del Padre del cielo.

Es verdad que la Iglesia institucional **habla** de esas cosas, en términos más o menos generales. Pero el hecho es que no **ofrece** ese modelo de convivencia y de solidaridad. Y ahí está la gran intuición que, con todos los fallos que se quiera, están teniendo los grupos comunitarios. El peligro está en que un día se llegue de verdad a la «escisión». Dios quiera que en todos haya sensatez y paciencia. Y sobre todo una buena dosis de tolerancia para escucharse mutuamente. Pues sólo por ese camino puede venir la solución en el futuro.

José M. Castillo

Si conoce Ud. alguna persona a la que pueda interesarle la Revista, por favor, envíenos su dirección y enviaremos información con un ejemplar gratis.